

Leandro Eduardo (Eddy) Campa

CURSO PARA ESTAFAR
Y OTRAS HISTORIAS



De la presente edición, 2018

- © Herederos de Leandro Eduardo (Eddy) Campa
- © Editorial Hypermedia

Editorial Hypermedia
www.editorialhypermedia.com
www.hypermediamagazine.com
hypermedia@editorialhypermedia.com

Dirección de la colección Mariel: Juan Abreu
Edición: Ladislao Aguado
Diseño de colección y portada: Herman Vega Vogeler
Imagen de cubierta: Steve Johnson
Corrección y maquetación: Editorial Hypermedia

ISBN: 978-1-948517-21-8

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

A PROPÓSITO DE LA COLECCIÓN «MARIEL»

Hay una Cuba de antes de 1980 y una Cuba que comenzó a nacer a partir de 1980. En esa Cuba de antes de 1980, los que huían de la isla, se consideraban exiliados. En la Cuba posterior, sobre todo a partir de la década de los 90, eso fue cambiando y surgió la figura del emigrante del castrismo cubano. Algo que a mí siempre me ha parecido insólito, de una dictadura se huye no se emigra.

Los libros que he agrupado en esta colección, pertenecen, literariamente hablando, a esa Cuba anterior a 1980: sólo pueden haber sido escritos por exiliados de la dictadura cubana. No quiero decir que sean mejores ni peores, sólo señalo que pertenecen a una época y a una Cuba que ya no existe, o de la que ya queda muy poco, y que comparten cierta mirada sobre los tiempos que a los autores les tocó vivir, amén de una saludable furia.

Algunos de los escritores que agrupo en esta colección, que se publica gracias a la iniciativa y al interés de Editorial Hypermedia, salieron de la isla durante el Éxodo del Mariel, otros lo hicieron un poco antes o algo después del gran éxodo marítimo. Pero todos pertenecen a esa Cuba que producía exiliados políticos, fugitivos, y no emigrantes. A mi entender, estas obras se alimentan, enriquecen e iluminan unas a otras, y ayudan a definir y a comprender el tiempo que a sus autores les tocó padecer. Por eso las he reunido aquí.

Juan Abreu

*No robes, engaña
y te irá mejor.*
Proverbio chino

*A todos aquellos que siguieron brindándome su amistad,
a pesar de saber a lo que me dedicaba.*

*A mi honorable amigo O. A., quien durante años me vio
asistir a la biblioteca, sin dinero y con hambre, hasta que
me sugirió el negocio del «oro».*

*Y, por último, al legendario Wichinchi Prenda Fu, cuyo
epíteto invalida cualquier intento de elogio.*

Sin percatarme mucho de lo que me estaba ocurriendo, me convertí en tímido. Otro tanto nos sucede con el tiempo... de pronto advertimos que hemos envejecido. Enfrentarse siempre a algo es lo más natural; otra cosa sería dejar que ese algo termine por vencernos.

NO SE SIENTA CULPABLE

Ahí estaba, en la entrada de la peletería Payless, en la 12 Ave. y Flagler St., en la ciudad de Miami. Era viernes por la tarde, y hacía buen clima. Tenía en el puño de mi mano derecha una manilla de bronce pulido, por la que había pagado dos dólares; mi propósito: estafar a alguien.

Los primeros intentos de venta resultaron infructuosos. ¿Reflejaba mi rostro el timo? El rostro de un hombre honrado durante toda su vida. «Hay golpes tan fuertes en la vida, yo no sé». En estos versos pensaba cuando, a punto de cerrar la tienda logré que una mujer acompañada de una niña de unos once años, me pidiera la pulsera para verla.

—¿Es de oro? —me preguntó.

—¡Mírala! —le dije.

Mientras ella buscaba en la pulsera el cuño de los kilates, me fijé en la niña, la que había estado estudiándome. Le sonreí.

—¿En cuánto me la das? —deseó saber la señora al cabo de unos minutos.

—Veinte dólares y es suya —pronuncié con seriedad, y apreté los labios como quien se lamenta.

En eso la niña intervino:

—¡Pero, mamá, me vas a dejar sin los zapatos!

¿Y habrá un tono de voz que enternezca más? Me acostaré sin comer —me dije—, pero no permitiré que esta mujer deje sin zapatos a su hija.

—Lo siento, señorita —le comuniqué a la mamá de la niñita, que tenía ya en la mano el dinero para dár-melo—, cómprele los zapatos a su hija que para prendas hay tiempo.

Ella me miró como si recapacitara y luego miró a su hija que había vuelto los ojos llorosos hacia el piso.

—Está bien —convino la mamá y me devolvió la manilla.

Entraron a la peletería, y yo me quedé viéndolas a través del cristal de la puerta. Vi a la muchachita sacar de la caja los zapatos que le gustaron, ponerse uno y dar unos pasitos; calzarse el otro y mirarse en el espejo. Y todo esto lo hizo con la alegría que un par de calzados nuevos puede traerle a una niña de unos once años. Yo miré mi manilla y en ella vi reflejadas las lágrimas que mis ojos retenían. Alguien pasó y me preguntó si la vendía.

—Sí, la vendo —le respondí con sequedad, y se la puse en la mano.

Era una mujer de unos cuarenta años y llevaba tantas prendas encima que parecía la vidriera de una joyería.

—¿Cuánto quiere por esto? —expresó con desprecio.

—Cuarenta dólares, menos no.

—¿Cómo sé que es de oro?

—Véala usted misma. Usted conoce más que yo de prendas.

Volvió a mirarla; la sopesó y le calculó el valor: dos, tres veces más de lo que pueda costar en una joyería. Los ojos le ardían de codicia.

—Treinta y cinco dólares es lo que tengo. ¿Los quiere?

—Dame eso mismo —dije con furor y cogí el dinero de un tirón.

Había oscurecido cuando llegué a mi cuarto. Me senté en el borde la cama con los billetes de a veinte, de a diez y de a cinco en las manos. «La necesaria purificación nocturna», dijera San Juan de la Cruz.

NADIE ES MÁS HONRADO QUE USTED

Me bajé del tren en la parada del Flea Market U.S.A., en la 57 Ave. del N.W. de Miami. Y, como siempre hacía, me quedé un rato recostado al muro del andén para desde ahí, ver el movimiento de la gente en el parqueo del Flea Market: el hombre que camina con pasos firmes y la frente levantada; el que saluda con humildad al que lo ha saludado desde un auto nuevo, solo para que el otro vea que va en un auto nuevo; el que habla solo y parlotea; el que mira el sol y maldice; el que se cubre las orejas con las manos cuando se dispara la alarma de un carro; y el que camina y mira hacia el interior de los autos estacionados; y el que pule su automóvil y de súbito advierte una goma de mascar en uno de los neumáticos y eso es preocupación para todo el día; y el que tiene en la mente a la mujer que ama, sin percatarse que ya es una obsesión. Y es aquí que se acerca a la estación del tren el chico que acaba de hurtar una naranja; la naranja que pela por el camino, y de la que va botando las cáscaras hacia atrás. La naranja que el chico ha hurtado, sin saber que lo que es hoy una

travesura, mañana será un acto punitivo. Ahora lo veo cruzar la calle; entrar a la estación; subir corriendo por la escalera eléctrica; aprovechar la distracción del guardia y pasar al andén sin pagar. Por fin llega: recorre con la vista la línea del tren por si hay alguna monedilla; da unos pasos en círculo y se recuesta al muro, el mismo al que yo estoy recostado. El muro es más alto que él, y que deslinda la pericia de la adultez.

—Señorita, vendo esta manilla. ¿Quiere verla? —le digo a una joven afronorteamericana sentada al volante de un Van, junto a tres muchachas más, en el estacionamiento para autos del Flea Market.

—Déjame verla —me dice ella con halago.

Le doy la prenda; la mira, se la pasa a las amigas con una sonrisita que no logro calibrar del todo en ese instante. Cuando me percato que me quieren llevar la pulsera ya era tarde. Tuve que tirarme hacia atrás para que el Van no me atropellara. A toda velocidad, y sin dejar de reírse, escaparon con mi manillita. ¡Ah, fulgor humano!

OLVIDE EL ORGULLO

Me había quedado una manilla del día anterior y opté por tratar de venderla en el Downtown de Miami, y así estar cerca de la «joyería de Alí Babá» para volver a comprar. Serían cerca de las once de la mañana cuando, luego de casi una hora de andar proponiendo la prenda, fui a la parada de ómnibus que van a Miami Beach; y, no hice más que llegar, y le propuse la joya a una rubia cuarentona con una gruesa cadena en el cuello de la que colgaba la Virgen de la Caridad.

—¿En cuánto me la das? —me preguntó con avidez.

—Treinta y cinco dólares —le dije, y se la di.

Empezó a examinar la pulsera (solamente compraba manillas de a dos dólares) y yo me separé unos pasos de ella para el que nos viera no me relacionara con la prenda, y a la vez, la compradora no pensara que quería arrebatarle la cadena que llevaba puesta. Cuando parecía que se iba a efectuar la transacción se apareció una mujer centroamericana, y sin más allá ni más acá, le dijo a mi clienta:

—Doña, no se deje robar. Eso es pura mierda.

La rubia, que ya iba a sacar el dinero de la cartera, me miró indignada y me devolvió la pulsera. Yo me volví frustrado hacia la intrusa y le dije que era una nacatamal (en verdad, no se me ocurrió otra ofensa) y con la misma seguí mi camino. Al cabo de unos minutos olvidé el incidente.

Una hora más tarde, en la parada de ómnibus del Government Center oigo a una mujer que dice a mi espalda: «me dijiste nacatamal, ahora verá vos». Eso dijo, y salió corriendo hasta la parte trasera de la fuente que hay frente a la entrada del edificio, y donde al parecer había visto a un policía. Cuando ella regresó con el agente de la ley, ya yo había arrojado la manilla en un charco de agua que vi junto a la acera y, claro está, me moví del lugar. El policía resultó ser El Colorado, conocido en todo el Downtown por su multa-manía. La entrometida, en un inglés que hubiera ofendido a Samuel Johnson trataba de explicarle al oficial, o mejor dicho, decirle, que yo era un ladrón.

—Sácate todo lo que tengas en los bolsillos —me ordenó el policía en cuanto estuvo ante mí.

Como el árbol que se deshoja vacié mis bolsillos sobre el muro de la fuente (y, en el que, por cierto, algunos desamparados ya aseguraban sus puestos para pasar la noche): una piedra de imán para la buena suerte (ese mismo día la boté), un pañuelo, el paño para pulir las prendas, una libretica de apuntes, un lapicero, un preservativo color rojo, el cortaúñas, un peine, un cacacolillo del tipo que usan los babalawos para consultar y un dolor en menudo. El Colorado tras examinar con acentuada curiosidad mi bazar de bolsillo, se volvió hacia la mujer y le dijo:

—No veo aquí ninguna manilla.

Esta, al verse perdida, acudió a una calumnia:

—Me quiso pegar —expresó, al tiempo que se tocaba la cara con el puño.

—Ok, ok, señora —la interrumpió El Colorado, con más deseos de quitársela de encima que de arrestarme. En cuanto a mí, me dijo:

—Recoge tus cosas y lárgate. Si te vuelvo a ver por aquí te voy a arrestar.

La mujer que era nicaragüense, me miró con odio y se marchó. Alguna gente en la parada de ómnibus, que había estado mirándome como si yo tuviera un cuchillo ensangrentado en las manos, se mostraron decepcionados con el final de la escena. Yo recogí con parsimonia mis predicamentos del muro de la fuente, crucé la calle y entré en la biblioteca. Leí unas dos horas el *Fausto* de Goethe y salí. Pero ya todo afuera era diferente; no estaba ni el edificio del Government Center, ni la fuente, ni el parqucito donde se espera la guagua. Quizás en el lapso que estuve en la biblioteca, transcurrieron cien o doscientos años. Ahora, Miami era una ciudad de intrincados rascacielos, de gente moviéndose veloz por las calles, de ensortijadas carreteras aéreas. Asombrosamente, vi que mi manilla aún estaba en el charco de agua; la recogí.

ADVERTENCIA

Los personajes y situaciones que aparecen en este libro, han sido en algunos casos alterados y en otros se han puesto solo las iniciales. Cualquier acción de tipo legal o agresión física o de palabra que se tome contra el autor, sería una violación de los derechos humanos.

Gracias.

ÍNDICE

A propósito de la Colección «Mariel»	7
No se sienta culpable	15
Nadie es más honrado que usted	18
Olvide el orgullo	20
Aprenda a ser un diablo, pero también un ángel	23
Use la imaginación	25
Usted también puede ser un actor dramático	28
No subestimes la inteligencia del comprador	30
Podrá recordar a algunos, pero no a todos	33
Una venta delicada	36
Una venta en la iglesia del Gesu	38
Hay quien merece todo el oro del mundo	41
Mi amigo L	44
Cambio de neumático	47
Un policía natural de la India me acusa de orinar en la calle	51
En Villa Maxime descanso del esfuerzo	53
Un policía de Miami Beach me prohíbe estar en Washington Ave.	56
<i>The poet in the Crack House</i>	60
Un recuerdo de un joven artista	64
Una manilla por un diccionario	68
La paga del trabajo honrado	70

Se querían quedar con mis fantasías	75
Un testigo de Jehová me habla de Dios	78
La pulsera de plata	80
Los extremos de la desesperación	84
La vez que la honradez me libró de un lío	86
Una cadena de oro en un zapato	90
Si fuera solamente humano sería honrado todo el tiempo	94
La muchacha que me creía policía	98
El hombre de la colchoneta color naranja	101
La mina de oro	105
La princesa de la torre encantada	107
Una niña encantadora	109
El peluquín de Isaac, el judío	111
La atormentada vida de O. A.	115
La leyenda del Sr. Cadena	117
El incorregible Sr. Gato	119
La mujer, el poeta y el comerciante	121
La turista que quería vérmela	124
Carta de despedida de mi amigo, el poeta	126
Apéndice	129
Reglas que el iniciado en la venta de prendas falsas debe observar	131
Advertencia	135

OTROS TÍTULOS DE LA COLECCIÓN «MARIEL»

1. *Dile adiós a la Virgen* (novela), de José Abreu Felipe
2. *Al norte del infierno* (novela), de Miguel Correa
3. *La travesía secreta* (novela), de Carlos Victoria
4. *Este viento de Cuaresma* (novela), de Roberto Varelo
5. *Miami en brumas* (novela), de Nicolás Abreu Felipe
6. *Curso para estafar y otras historias* (cuento), de Leandro Eduardo (Eddy) Campa
7. *Del lado de la memoria* (cuento), de Luis de la Paz
8. *Impresiones en el viento* (cuento), de Rolando Morelli
9. *La loma del Ángel* (novela), de Reinaldo Arenas
10. *Boarding Home* (novela), de Guillermo Rosales
11. *El gen de Dios* (novela), de Juan Abreu

